

El guardián de la esperanza

Autor/a: Felipe Mayoral García

Origen: Madrid, España.

Publicada: 6 de febrero, 2006.

Marco temporal: Guerra Civil Galáctica.

Género: Relato corto.

Resumen: Tras el trágico desenlace de las guerras clone y la caída de la Orden Jedi, la galaxia quedó postrada ante los designios del maligno Emperador Palpatine y su esbirro Darth Vader. La democracia dio paso a la más cruel represión política, permitiendo que el Lado oscuro se extendiese por doquier. Pero cuando todo parecía perdido, el destino quiso igualar la balanza otorgando al Bien una última esperanza, personificada en un joven muchacho que despertaba a la vida en Tatooine. Los designios de la fuerza son inescrutables...

Un hombre permanecía inmóvil sobre las calidas arenas del desierto de Tatooine, agazapado en la cima de una escarpada duna, tratando de no delatar su posición. Su imprecisa silueta se intuía débilmente en la oscuridad de la noche. El silencio sepulcral del desierto era roto ocasionalmente por alaridos lejanos, exhalados por las bestias salvajes que poblaban aquellos territorios.

Tras la puesta de los dos soles que durante el día habían bañado de luz al planeta, la oscuridad había anegado toda aquella gigantesca región desértica y las temperaturas habían descendido considerablemente en toda la superficie. El viento soplaba con fuerza, transportando partículas de polvo de un lugar a otro. La visibilidad era escasa y se hacía casi imposible permanecer al descubierto.

No había nubes en el cielo, debido a la ausencia casi absoluta de humedad en el ambiente. Como de costumbre durante las noches en la zona templada del planeta, las estrellas brillaban en todo su esplendor sobre el firmamento, creando un espectáculo natural incomparable.

Por todas partes circulaban historias que hablaban de que en otros planetas la humedad se condensaba hasta tal punto que llegaba a formar nubes de tormenta, pero este era un fenómeno climatológico que los nativos de Tatooine desconocían. Para ellos, aquellas historias eran solo leyendas sin ningún fundamento real.

Uno de los proverbios más antiguos del planeta dice: "Nunca se desperdicia el agua en Tatooine. El agua debe administrarse, racionarse y reciclarse. Solo los necios que no temen a la muerte malgastan el agua."

Aquella era una gran verdad.

Y es que lo único que todos los nativos del planeta sabían a ciencia cierta era que la humedad era un bien extraordinariamente escaso en Tatooine. Por ello se había creado toda una industria dedicada a la recolección de agua. Las granjas de humedad se extendían por toda la superficie del planeta y eran célebres hasta en los rincones más alejados del universo.

Pero esos datos no significaban nada para el hombre que permanecía inmóvil bajo las estrellas, oculto entre las sombras. Él conocía perfectamente todos los secretos de Tatooine. En realidad, hacía años que aquel ingrato planeta se había convertido

en su hogar. Atrás quedaron los viajes a lo largo de la galaxia y las aventuras heroicas. La vida se había simplificado mucho.

En aquel momento, Obi-Wan Kenobi se encontraba ante la granja de humedad de la familia Lars, contemplándola en absoluto silencio. Llevaba horas vigilando aquella zona, a pesar de que el lugar permanecía sumido en la más absoluta calma. Sin embargo, su instinto le decía que aquello era una mera ilusión. Obi Wan presentía que un peligro acechaba y aguzó todos sus sentidos.

Su absoluta concentración le permitió entrar en un profundo estado de simbiosis con la fuerza. El viejo maestro Jedi se sentía ligero y vivo. Era infinitamente consciente de todo cuanto sucedía a su alrededor. Prestando atención fue capaz de distinguir el ruido producido por una mosca de arena al posarse sobre una piedra a varios metros de distancia. Percibió la sigilosa respiración de un lagarto de las dunas y el lejano aleteo de un cóndor de cuello anaranjado. Pero la naturaleza del peligro que acechaba en aquel lugar aún se mostraba esquiva.

Hasta que por fin la descubrió.

Durante los siguientes minutos, Obi-Wan se concentró en el autocontrol de su respiración. Esta fue aplacándose poco a poco hasta hacerse prácticamente inaudible. En absoluto silencio se puso en pie y dirigió su mirada al frente. Los pliegues de su túnica oscilaban violentamente agitados por ráfagas de aire caliente tan comunes en aquella zona, de forma que prefirió prescindir de ella.

Ahora, su cuerpo y su mente estaban preparados.

Cuando por fin se decidió a actuar, sus movimientos no fueron todo lo ágiles y precisos que hubiese deseado. Obi-Wan no se sorprendió al descubrir que su avanzada edad y el largo periodo de inactividad habían mermado sensiblemente sus facultades. Era algo lógico. Sin embargo, aún conservaba su destreza innata, unida al oficio y la experiencia adquiridas en combate durante las guerras clon.

Recorrer la escasa distancia que le separaba de la granja no le llevó más que unos segundos. Sus zancadas eran largas, ligeras y silenciosas. Sus adversarios no advirtieron su presencia hasta que fue demasiado tarde.

Un pequeño grupo de moradores de las arenas se había agrupado en torno a uno de los muchos evaporadores de humedad que había repartidos por las inmediaciones de propiedad de los Lars. Estas criaturas no eran demasiado inteligentes, pero con los años se habían convertido en verdaderos expertos saqueadores. De alguna forma habían descubierto los controles que hacían funcionar la pantalla de seguridad que protegía la granja y trataban de inhabilitarla.

Estas pantallas, que eran muy comunes en la zona, constaban de una red de sensores que actuaban como alarma ante la presencia de intrusos. Normalmente estas medidas bastaban para impedir que los moradores de las arenas accedieran a las bloques de viviendas, donde los granjeros acostumbraban a guardar sus modestas posesiones. Sin embargo, en esta ocasión no había sido suficiente.

Si los moradores de las arenas lograban inutilizar aquellos controles, la familia Lars se vería en graves aprietos. Obi-Wan conocía bien la forma de actuar de aquellas criaturas. Su objetivo era hacerse con todos los objetos de valor a su alcance y no dudaban a la hora de atacar y asesinar a quien se interpusiese en su camino. No tenían piedad.

Debía detenerles o aquello terminaría convirtiéndose en un baño de sangre.

El sable de luz de Obi-Wan iluminó serenamente la oscuridad de la noche, sorprendiendo a sus oponentes. Todo sucedió en un instante y ninguno de los moradores de las arenas tuvo tiempo de reaccionar. En milésimas de segundo quedaron desarmados. Varios de ellos resultaron heridos, otros solo asustados. Pero, por fortuna, no hubo ningún muerto.

Tras la súbita contienda, Obi-Wan contempló con satisfacción como aquellas criaturas de efímero valor huían aterrorizadas de la zona y solo pudo sentir lastima por ellas.

La vida era extremadamente cruel en Tatooine y los moradores de las arenas eran solo otras victimas más de aquel atroz ecosistema que se oponía con fulgor a cualquier signo de vida. En aquellas circunstancias, incluso los seres inteligentes terminaban sucumbiendo a sus instintos naturales más oscuros y acababan olvidando todo rastro de moralidad. Nadie podía obviar esta verdad en Tatooine. Ni tan siquiera los humanos.

Obi-Wan desterró de su mente estos pensamientos y clavó su mirada en el horizonte. Durante un segundo permaneció inmóvil, con su sable de luz sujeto entre las manos, oteando los alrededores en busca de nuevos enemigos.

Todo parecía en calma, pero inesperadamente intuyó algo. Dejándose llevar por sus sentidos, Obi-Wan ejecutó un ágil salto hacia la izquierda en el momento justo. Aquello le permitió evitar una ráfaga de disparos, que estuvo apunto de alcanzarle.

Los disparos provenían de la derecha, desde donde un pequeño y sigiloso morador de las arenas se había ocultado tras un evaporador de humedad y había esperado el momento apropiado para disparar contra su enemigo con una rudimentaria arma lanza-proyectiles.

Aquellas armas eran viejas y poco efectivas. Prácticamente habían quedado en desuso. Sin embargo, el pequeño morador de las arenas debía de haberla adquirido a través de algún contacto con contrabandistas.

Obi-Wan giró sobre sus talones y en silencio clavó su mirada en aquel endeble adversario que le amenazaba con un arma de fuego. Su estampa era impresionante bajo la tenue luz de las estrellas.

El morador de las arenas estaba asustado. El miedo le mantenía paralizado y le impedía pensar con fluidez. Pero en un acto de desesperación apretó el gatillo, dejándose llevar por sus instintos.

Una poderosa carga de proyectiles salió despedida directamente hacia Obi-Wan. La trayectoria era la correcta, pero el veterano maestro Jedi desvió con facilidad el disparo, utilizando su espada láser.

Los segundos posteriores fueron dramáticos para el morador de las arenas. Su derrota era evidente, ya que su enemigo había demostrado ser ampliamente superior a él en la lucha. Sin embargo, cuando presentía que la hora de su muerte estaba cerca, nada ocurrió.

Obi-Wan continuó inmóvil frente a él, con su espada de luz aún en la mano, sin desviar la mirada ni un solo instante. Aquel gesto fue demoledor.

La pequeña criatura emprendió al fin la huida, siendo consciente, a su manera, de que aquel humano le había perdonado la vida.

Los moradores de las arenas no eran seres dotados de una gran inteligencia, pero aquel había entendido a la perfección el mensaje de Obi-Wan. ¡Aquella granja de humedad era un lugar vedado! Si algo les ocurría a sus propietarios, aquel misterio guerrero regresaría para encargarse de matarles a todos y a cada uno de ellos.

El pequeño morador de las arenas continuó corriendo hasta que su figura se perdió en la lejanía del horizonte. Ahora, la granja de los Lars estaba de nuevo a salvo, al menos de momento.

Pero entonces, cuando Obi-Wan se disponía a abandonar el lugar, algo le detuvo.

- ¿Eres tú, Ben? - dijo inesperadamente una voz, quebrando el silencio de la noche.

Obi-Wan se giró lentamente. Al hacerlo se encontró frente a frente con Owen Lars. Junto a él había un muchacho, de unos once años. El corazón del viejo Jedi dio un vuelco.

- Llevas muchos años sin aparecer. Llegamos a creer que finalmente habías abandonado Tatooine.

- Me gusta permanecer en un segundo plano. Pero nunca me he marchado. Mi misión aquí aún no ha concluido. - dijo Obi-Wan, dejando que una suave sonrisa iluminase su rostro.

Al pronunciar estas proféticas palabras, las estrellas bañaban aquel viejo rostro cargado de solemnidad cuyos rasgos se habían endurecido notablemente con el paso los años. Obi Wan fijó toda su atención en Luke, que le observaba fascinado.

- ¿Quién es este señor, tío Owen? - preguntó el pequeño Luke, que no podía dejar de mirar a aquel misterioso individuo que había aparecido de la nada.

- Es Ben Kenobi. Un viejo eremita que vive solo en el desierto.

- ¿Es un guerrero?

- No Luke, ya no lo es.

Obi-Wan permanecía en silencio, contemplando la escena. En un gesto de profundo afecto, el viejo Jedi acarició los revoltosos cabellos del muchacho.

Aquello hizo que Owen Lars interviniese, visiblemente preocupado.

- Vamos Luke, vuelva a la cama. Ahora tengo que hablar con Ben a solas.

- Está bien, tío Owen.

Obi-Wan contempló como su protegido se alejaba, sin decir nada. Hasta que Owen Lars tomó la palabra.

- He escuchado unos disparos, Ben. ¿Eran moradores de las arenas?

- Así es. Se mueven con sigilo y son muy hábiles. Han logrado penetrar en vuestra propiedad sin que lo percibieseis. Cuando les he localizado, trataban de desconectar los sistemas de alarma que protegen la zona para asaltar la granja en mitad de la noche, aprovechando vuestras horas de sueño.

- ¿Hubiesen matado a mi familia? - la voz de Owen transmitía una gran temor.

El viejo maestro Jedi asintió en silencio.

- Esas criaturas son cada vez más peligrosas. Algún día puede suceder una desgracia. Creo que mañana mandaré a Luke a la ciudad, para que consiga un par de droides centinelas. - dijo Owen.

Al escuchar el nombre de Luke, Obi Wan no pudo evitar que la nostalgia se adueñase de su mente. Era como si un torrente de recuerdos hubiese acudido de pronto a su memoria. Durante unos segundos el silencio se hizo insoportable.

- ¿El muchacho está bien? - preguntó al fin Obi Wan, con la voz imperceptiblemente quebrada por la emoción.

- Si, el chico crece fuerte y sano.

- ¿Crees que la fuerza es poderosa en él?

- No me interesan esas cosas. Y Luke tampoco cree en ellas.

- Pronto descubrirá sus poderes. Es inevitable. La fuerza está muy arraigada en su familia.

- ¡No permitiré que le ocurra lo mismo que les sucedió a su padre!

Obi-Wan guardó silencio, pero Owen podía leer en sus ojos.

- No he venido para llevármelo, Owen. Aún no. Puedes estar tranquilo.

- Pero, ¿qué ocurrirá en el futuro?

- Pronto estará preparado para afrontar su destino.

Aquello disgustó visiblemente a Owen.

- Luke es solo un muchacho. No tenéis derecho a mezclarle en vuestra guerra. - protestó.

- Ese muchacho es nuestra última esperanza. - dijo Obi Wan, dando por concluida la conversación.

FIN

por Felipe Mayoral García